



LA CARIDAD.

Composición leída por su autor en la Sesión de
Aniversario de Hahnemanu en el Instituto
homeopático Mejicano.

EL humano deleite transitorio
Conque el fastuoso lujo nos brindó
En horas en que avaros, de placeres,
Latía el corazón.
El ruido del festín en los salones,
El egregio y magnífico esplendor
Que nuestra vaga atónita mirada
De pronto deslumbró.
Las fugaces sonrisas hechiceras,
Las miradas dulcísimas de amor,
Los íntimos suspiros exhalados
Por la febril pasión

Pasaron; y al pasar, dentro del alma,
Que un momento no más se estremeció,
Dejaron ¡ay! como el risueño arroyo,
Que de pronto cesó,
Inmundo limo, escorias y despojos
Al pobre corazón.

—
¿En dónde habrá un placer que no acibare,
Y no nos deje negra desazón,
Dónde hay deleite, que al saciar, no arrastre
Nuestra ventura en pós?
¿Detrás de qué ilusión fascinadora,
En pós de qué delirio tentador,
Iremos, que no traiga al alcanzarlo
La amarga decepción?
Si todos los placeres son fugaces,
Si de ellos, aún la misma posesión
Ha de ser al marasmo inseparable
Como la sombra al sol;
¿En dónde el peregrino de esta vida
Que transita entre el llanto y el dolor
Encontrará el placer que tanto anhela
Su agitada razón?
¿Goces buskais que nó arrebate el viento,

Paz sin marasmos y sin letal sopor
Y placer que no os deje una hez amarga?

Buscadlo en el dolor.

Buscadlo en la expresión de esos semblantes
De los pobres que os llaman con amor;

Buscadlo en la sonrisa del que sufre

Con la esperanza en vos.

Y cuando al lecho pobre y desgarrado
Del triste martir de dolencia atroz

Os acerqueis, como angel de consuelo,

Lleno de fé y amor;

Cuando lleveis el bálsamo y la triaca

Y domineis al mónstruo del dolor

Con la mano bendita de la ciencia,

Mensagero de Dios;

Cuando al sollozo de dolor suceda

El tranquilo latir del corazón,

Recojed en el ojo del enfermo,

Que os busca con amor,

De gratitud el vívido relámpago

Que salta en una lágrima por vos,

Y guardad en el alma esa delicia

Porque os la manda Dios.

Cuando en la cuna plácida del niño,

Emblema de dulzura y de candor,

Sorprendan á la sierpe venenosa

Que aquella vida hirió,

Y con herirla, de la pobre madre

El lacerado pecho desgarró,

Y en la lucha de muerte con la vida

Vida y salud sois vos;

Cuando vuelva á gozar sonriendo el niño

Y retorne la paz tras el horror,

Recoged en la estancia de las lágrimas

El puro galardón

Que el cielo ha reservado al que socorre

Al martir del dolor.

Ese placer no cansará á vuestra alma,

Trayéndola marasmo y estupor;

La caridad es la virtud más noble

Que alienta el corazón.

Por ella—yo lo ví—y en la memoria

Su venerable imagen se estampó (*)

Era un anciano dulce, tierno, afable,

De persuasiva voz.

(*) Alude al señor don José Puig Monmany á cuya memoria consagró un recuerdo el Instituto en la misma sesión de aniversario.

Noble y tranquilo el ademán, y su alma
Modelo de bondad y abnegación.

Blancos barba y cabello y la mirada...

No, la mirada no;

Ha tiempo que vivía en las tinieblas,
Mas llevaba en el alma luz de amor
Y en medio de su eterna noche negra

Aún buscaba al dolor;

Aún tendía la mano al desgraciado,
Aún consolaba al mísero su voz,
Aún entraba al tabuco del enfermo

En el nombre de Dios.

Y en medio á las tinieblas de sus ojos
La eterna luz su alma iluminó;
Para él no había flores, ni celajes,

La noche en derredor

Lo cercaba, y antorcha de sí mismo
De tormentos ajenos iba en pós.
Fué su vida la aurora de otra vida

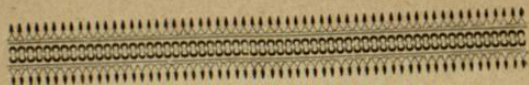
Más radiante que el sol.

No hubo sendas estrechas para su alma;
Ciego al placer, el culto del dolor
Fué su luz, su consuelo, su esperanza,

Su fé, su salvación.

¡Homenaje al filántropo sublime!
Imitémosle todos con fervor;
Que socorrer la humanidad doliente
Es la más dulce celestial misión,
Es el placer que nunca mata al alma,
Y es la virtud que más agrada á Dios.





FRENO.

¡HASTA cuándo la guerra
Devastará esta tierra!
¡Hasta cuándo la mano
Despiadada del héroe
Verterá en fértil campo sangre y hiel!

¡Cuándo será que probo
Y recto el hombre público
La rienda lleve fácil
Por el camino próspero
Que conduce á la paz y á todo bien!

¡Hasta cuándo habrá freno
A la ambición sin tasa;
Hasta cuándo sereno
Caminará el Estado
Digno en el mundo de su nombre y prez!

¡Quién domará á los buitres
Que en su festín eterno
El grito de los mártires,
El ay de los vencidos
Música blanda á sus oídos es!

¿Quién ese numen pérfido
Aborto de las sombras,
Que inspira la hecatombe,
Apagará en el límpido
Reflejo augusto de anhelada paz?

Y la pasión bastarda
Que, despreciando al pueblo
Y al desgraciado, encónase
Al ruego de las lágrimas,
Buscando los escaños del poder!

¿Cuál de las sombras graves
De nuestros padres ínclitos
Aliento puro y noble
Inspirará en su túmulo
Para apagar de la ambición la sed?

Acaso abandonados,
De la molicie presa,

De las pasiones víctimas
 Nuestro final destino
 Es ya como nación desaparecer?

Del árbol de la patria
 Los frutos más ópimos,
 Las flores más preciadas
 Arranca ya del ábrego
 El sañudo y fatídico poder.

Ya los ancianos probos
 Cediendo el puesto tristes,
 Dejan en pos la crápula
 Que en tálamo convierte
 El encargo sagrado de la ley.

Ya no la mente recta,
 Ya no el criterio sabio
 Entre hábiles reparte
 Los cargos más difíciles
 Para guiar el público bajel.

Los criminales préciáanse
 De honores y de lauros;
 De su pasado olvidase

El miserable pária
 Y el capitolio invade su altivez.

Botín al hambre y crímenes
 Y á la ambición los puestos
 Que en antes á la ciencia
 Y á la honradez cediera
 La mano sabia de sereno juez.

Oh patria desgraciada,
 Fuente de sangre eterna,
 Ya de tribus idólatras,
 Ya de patricios falsos
 Verdugos de tu nombre y de tu fé.

Enmedio á tu agonía
 Ay! de placeres ávida
 La inmensa muchedumbre,
 Y ciega ante su horóscopo,
 Busca de los deleites la embriaguez.

Huyen tus hombres rectos
 Calla el honor y ocúltase,
 No elevan los tribunos
 La voz ante el peligro
 Y sube al solio corrompida hez.

Y en tanto tus poetas,
¡Oh México humillada!
En femeniles cánticos
De flores coronados
Abandonan su lira al vil placer.

No de otro modo Roma,
Señora y cortesana,
En crápula y festines
Vilipendiada y ciega
Perdió, hasta hundirse, su renombre y prez.



A LA MEMORIA

del malogrado joven médico Román García Figueroa.

¡Es cierto!... Inescrutable en sus arcanos
El destino del hombre
Siega la flor de la esperanza un día,
Y en deudos convertidos los hermanos
Van á escribir un nombre
Sobre una losa fría!
¡Genio, vigor y juventud y vida
Dones del alto cielo!
Al golpe de segúr aborrecida
Dentro la fosa quedan
Cual témpanos de hielo...
¡Adios! último adios! El cementerio
La desprendida lágrima recoge
Con el postrer gemido;
Y mañana tal vez no habrá quien moje
Con llanto dolorido

Aquel lugar donde el silencio triste,
 Muda expresión de la terrible idea
 De la muerte, entre tumbas olvidadas
 En larga soledad se enseñoera.
 ¡Allí queda! allí está... Del sueño eterno
 El terrible sopor quietud le imprime,
 Y en tan hondo descanso
 Sólo el efluvio de un afecto tierno
 Del olvido del mundo lo redime.
 Solo la fé sublime del cristiano
 Puede hallar una luz como una estrella
 Entre el inmundo polvo de la tumba:
 ¡Esa luz es tan bella,
 Que da la paz al padre y al hermano,
 Y hace que no sucumba
 A su dolor el que ama á los que fueron!
 Miro esa luz, porque en el mundo fuíste
 Grande, bueno y leal: Tu tumba sea
 Urna donde recojas en el mundo
 De los que te aman la inmortal idea.

Noviembre 12 de 1867.



Á LOS MÁRTIRES SIN NOMBRE.

CANTO ELEGÍACO.

¿CÓMO es que ni un acento se levanta
 En el monte ni en la árida llanura,
 Y ni una insignia santa
 La triste sepultura
 Marca de los que fueron en un día
 Fuerte defensa de la patria mía?
 ¿Cómo es que en los estériles collados
 Se evaporó la sangre derramada,
 Y en sitios desolados
 Creció yerba doblada
 Por el cuerpo de un bravo moribundo
 Que á esa yerba legó su adios al mundo?
 Ni una cruz, ni un «aquí» le dedicaron,

Ni un adiós sus amigos le ofrecieron;
 Todos le abandonaron,
 Los suyos se volvieron,
 Y la tierra y el tiempo y el rocío
 La losa bordan del sepulcro frío.

Cual si el tiempo quisiera presuroso
 Borrar la huella de la tumba triste,
 Crece el pasto abundoso
 Y aquel cuadrado viste,
 Robándole á los hombres la memoria
 Y el «hasta aquí» de la olvidada historia.

Y la madre y el padre y el hermano
 «¿En dónde, en dónde?» con afán preguntan,
 Y en el inmenso llano
 Entrambas manos juntan
 Y á Dios, tan sólo á Dios, en su plegaria
 Encomiendan la losa funeraria.

Retornan al hogar, y el desconsuelo
 En su escuálido rostro se retrata,
 Y la piedad del cielo
 Su espíritu dilata...
 Esperanza divina del cristiano,
 Bálsamo sí, del corazón humano!

Tronchada flor con cáliz de esperanza,
 Con tallo de vigor, era un guerrero!
 Soñaba bienandanza
 Y el matador acero

Segó su juventud y sus amores,
 Trocados por sus últimos dolores.

¡El dolor de la muerte!... dolor mudo,
 Supremo, que nos deja la conciencia
 Del sér que corta un nudo;
 Penumbra de existencia,
 Crepúsculo dudoso de infinito,
 Ideas de angel, lucha de precito...

Patria, amor, libertad en lontananza
 Vigor y fé para luchar triunfando,
 Y en medio á la matanza
 Sentirse agonizando,
 Caer, sufrir, gritar, tirar la espada,
 Sentirse pisotear, después... la nada...

¡Oh fugitiva historia del valiente!
 ¡Oh ignorada epopeya del soldado
 Que el mundo indiferente,
 Cual átomo arrojado

Al abismo, ni vé, ni una memoria
De hechos tales consígnase en la historia!

Cuántos en el fragor de la batalla
Luchando como buenos sucumbieron;

La horrisona metralla
Cortó de los que fueron

Cual la hoz del segador ¡ay! tantas vidas!
¡Tristes! de los demás desconocidas.

Hasta la fama, hasta la gloria acaso
Parciales son del mundo indiferentes!

¿Les falta en ese caso
Laurel para una frente?

¿Qué destino fatal sus losas cubre
Que aún de justicia la mirada encubre?

¡Fatal destino pérfido del hombre!
Confundido morir con sus corceles!

¡Oh víctimas sin nombre,
Aquí están mis laureles,

Y si en el campo vuestra tumba hallara,
Con mi copioso llanto la regara!

Y la patria ¿dó está? ¿porqué no calma
El llanto que derrama desvalido

El huérfano, que el alma
Con íntimo gemido

Destroza, y de la patria va implorando
Consuelo, su miseria demostrando?

¡Ay! ni la patria, no! sólo ha encontrado
En ese campo insignias, una espada

Del gefe graduado:

Entre soldados nada.....

La fama allí eligió á los generales;
Y los demás fusiles son iguales.

¡Triste fin del pequeño junto al grande
Por más que por ser grande tenga empeño!

La gloria es del que mande,
El olvido al pequeño

Esta es la dura ley que rige al hombre;
Esta la ley de las víctimas sin nombre.

Por eso en este memorable día
De consagradas, fúnebres memorias,

La voz de mi poesía

Ensalza vuestras glorias.

Y al esparcer mis cantos á los vientos
Os conquisto un laurel de pensamientos.—

Y si la voz de los que el mundo moran
Atraviesa los lóbregos desiertos,
Y cuando tristes lloran
Los escuchan los muertos,
Llegue en la brisa á vuestra huesa fría
La sentida expresión de la voz mía.

¡Paz! ignoradas víctimaspreciadas,
Flores de ayer, con esplendor y vida
Hoy secas y tronchadas
Por segur homicida.

Descanso y paz ¡oh mártires queridos!
Muros de nuestra vida derruídos...

¡Descanso y paz! las auras vespertinas
Muevan de vuestras tumbas olvidadas,
Como tropa de ondinas,
Las plantas arraigadas
En la pesada tierra que os sepulta
Y vuestros hechos de valor oculta.

Vuele mi voz en el rumor del viento
Y recorra besando la llanura,
Llevando un pensamiento
A cada sepultura.

Y acaso, acaso en cada lecho abierto
Más blanda paz le proporcione al muerto.

No saben quiénes son; mas mi poesía
Os cubre con amor bajo sus alas,
Y su plegaria envía

A las etéreas salas,

Porque á mi ejemplo enternecido el hombre
Ruegue á Dios por las víctimas sin nombre!

Septiembre 17 de 1867.





EN LA SENTIDA MUERTE DEL CORONEL DORIA.

Composición leída por José T. de Cuellar en la
ceremonia fúnebre con que la 3. y 4. División
del Ejército nacional honraron la memoria
del finado.

(Noviembre 27 de 1869)

¿Y es verdad! ¡Dios eterno! y ya cubierto
Por losa funeraria,
No queda más que ese despojo yerto
Y el lúgubre tañer de una plegaria,
Como el postrer rumor que deja un muerto?
¿Y ayer? Ayer, lozano
Como el pomposo arbusto se mecía,
Al soplo de las brisas vagarosas,
Lleno de savia y juventud; vivía
Destacándose erguido
En la feraz montaña,
Que el rojo sol que alumbra los espacios
Con tintas de oro baña.

Ayer! le conocisteis en su frente,
Reflejo de la calma
De la conciencia pura, se leía
La nobleza de su alma.
Jamás en las bastardas transacciones
Del espíritu humano,
El brillo mancilló de sus blasones,
Ni al halago de pérfidas pasiones
Tendió jamás la mano.

Joven aún, el alma sintió un día
Impregnada en la esencia
De esa dulce y letal melancolía
Que en éxtasis convierte la existencia,
Ofreciéndonos gotas de ambrosía;
Y exento de pesares,
Soñaba un porvenir resplandeciente,
Por que algo allá en su alma le decía
Que un laurel en el mundo encontraría
Con que ceñir su frente.....

Así en los patrios lares
Lo sorprendió, soñando en la ventura,
El lejano rumor de la amargura
De la patria agobiada de pesares,

Rumor que le llevaban á su oído
Las vespertinas brisas de Linares.

Y abandonó la paz, y los encantos
De su paterno hogar, saltó á la silla
De animoso corcel, y el tierno hijo
«Mi patria ó muerte», dijo;
Y la patria, después de verle, ufana,
Saludaba entre el humo del combate
Al jefe de las huestes de Galeana.

No importó á su ardimiento
Luchar con aguerridos escuadrones
De la guerra portento:
La alta frente del viejo Cimatario
Le contempló, sembrando en la llanura
En la hueste enemiga la pavora,
Sublime con su arrojo temerario.

Después... cuando en La Cruz, hecho pe-
[dazos

Un cetro de oro consternaba al mundo,
En estrecho recinto
Un vástago leal de Carlos quinto,
En su dolor profundo,

Y siempre hidalgo, en conocer se afana
Al coronel invicto de Galeana;
Y allí escribió la historia
Que el Hapsburgo vencido,
Dirigió nobles frases conmovido
Al raro arrojo y al valor de Doria.

Y después... un estrecho y dulce lazo
De noble simpatía,
Al guerrero, al amigo y al hermano
Ligaban en el centro cortesano;
Y por senda de flores
Plácemes, dichas, gratitud y honores
Por dónde quiera alegre recojía
Aquél, que en los delirios de su mente
Miraba un porvenir resplandeciente;
El que en la primavera
De vigorosa juventud llevaba
A los labios la copa de placeres,
Y ufano el mundo á su ambición brindaba
Lugar digno en la historia,
Altos puestos, renombre, fama y gloria.

Y después... y después? ¡En el cuadrante
De la espantosa eternidad estaba

Apuntando la mano del destino
 Una hora infausta! y la segur terrible
 De la muerte, en mitad de su camino,
 Al joven, al invicto, al denodado,
 Al tierno amigo, al noble caballero,
 Tenía preparado
 Golpe postrer, inesperado, horrible,
 Cual nefanda traición de lo ignorado...

Y aquella mano que empuñó atrevida
 Acero vengador, bajo el sudario
 En hielo sepulcral está aterida...
 ¡Ay! cuando ayer la contempló su ejida
 La patria, desde el alto Cimatario!...

Ya en la radiosa frente
 No brilla el fuego de la inquieta idea,
 Y quedó solamente
 El aura sorda de la tumba helada,
 Que allí los jugos últimos orea
 Y devuelve los cuerpos á la nada,
 Muda y huyendo de la luz febea.

Todo acabó... Pináculo de espuma
 Que el viento airado en su furor destroza;
 Encantado palacio

Que en la mañana construyó la bruma,
 Llenando con sus formas el espacio:
 Prisma de mil colores
 Que engendraba en la ardiente fantasía
 Las leyendas poéticas de amores,
 Los timbres de grandeza y nombradía,
 La dicha y los honores.

Todo acabó, cual si de ignoto seno,
 Raudo turbión brotara,
 Y con la voz del trueno
 Brumas y flores á la par cortara...
 ¡Ah! en malhadado instante
 Un panorama espléndido y divino
 Convirtió en un despojo miserable
 Tirado en la mitad de un gran camino.

¡Oh muerte inescrutable, muerte, muerte,
 Nada podrá aplacarte!
 Ni los que humildes lloran por temerte,
 Ni los que altivos luchan por buscarte.

Doria: ya en paz en la morada eterna
 Do la pereza brilla, si un recuerdo
 Conservas de este mundo,
 Si tu espíritu acaso descendiendo

En efluvios de luz, viene en las noches
 En un rayo argentado de la luna,
 O si acaso destellas
 Cual movediza ráfaga en el puro
 Y continuo brillar de las estrellas,
 Si en un canto musical ó en la armonía
 De murmullos de amor desconocidos,
 Hay algo de tu espíritu que vaga,
 Llegará cual querida melodía
 Murmurando tu nombre en mis oídos.

En tanto, duerme en paz: sobre tu tumba
 Laurel y olivo mi amistad te ofrece,
 Y en el rumor del huracán que zumba,
 En la brisa que muere y languidece,
 En la voz de las hojas del Otoño,
 Que llevan ya la palidez sombría
 De tu tranquila frente,
 Ha de ver sin cesar el alma mía
 Tu recuerdo latente.....

.....
 Todo acabó.... Soldado de la patria
 Fresco laurel guardó de la pelea:
 —¡Imítadle, patricios campeones!
 ¡Lloradle aún, amigos corazones!
 ¡Leve la tierra á sus cenizas sea!

 LOS TRES ANIVERSARIOS.

- I. (8 de Diciembre de 1860.)
 II. (8 de Diciembre de 1869.)
 III. (8 de Diciembre de 1876.)

I

CONCHITA.

HOY va á cumplir Conchita nueve abriles
 Y es como un angel candorosa y buena,
 Y linda como cándida azucena
 Que en mañana serena
 Es la gala mejor de los pensiles.

Tiene esta niña la blancura mate
 Del jazmín, y sus ojos de azul cielo
 Contrastan con sus labios de granate,
 Y su tez es tan pura,
 Que si la mano ansiosa y con recelo
 Deseando acariciarla
 Logra por fin tocarla,
 Siente la suavidad del terciopelo.